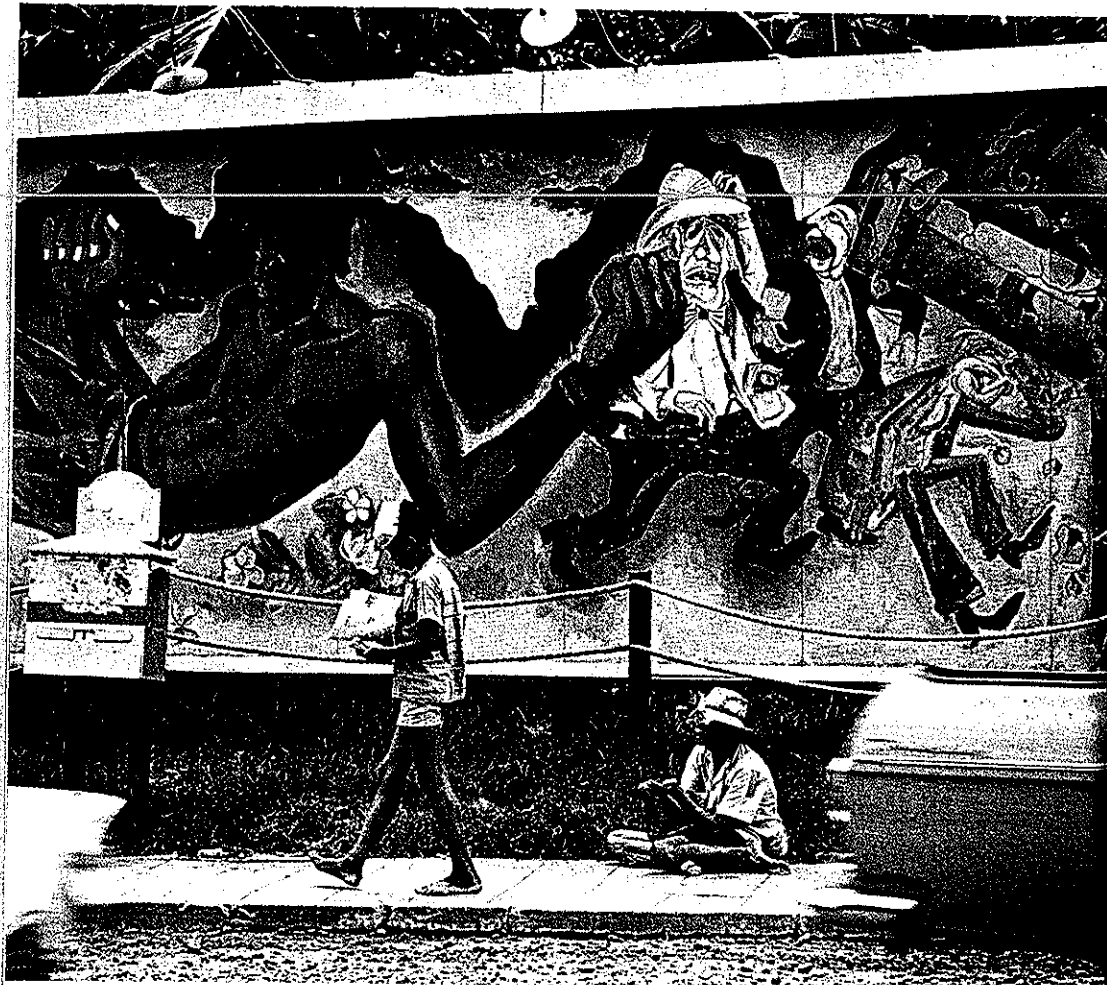


los regímenes políticos



Cartel político en Indonesia.

salvat editores, s.a.

Maurice Duverger

Maurice Duverger nació en Angoulême (Francia), el 5 de junio de 1917. Cursó sus estudios superiores en la Universidad de Burdeos. En la actualidad desarrolla su labor docente en la Universidad de París, en la que es profesor de Sociología política. Es, además, director de estudios e investigaciones de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas. Sus comentarios sobre temas políticos en el cotidiano *Le Monde* son seguidos con interés, no sólo por lectores franceses, sino también de otros países.

Entre sus obras destacan las siguientes: *Les partis politiques*, 1951; *La participation des femmes à la vie politique*, 1955; *Les finances publiques*, 1956; *Méthodes de la science politique*, 1959; *Introduction à la politique*, 1964 (*Introducción a la política*, Barcelona, 1968); *Sociologie de la politique*, 1973 (*Sociología de la política*, Barcelona, 1976); *La Démocratie dans le peuple*, 1967; *Institutions politiques et Droit constitutionnel*, 1970, 14^a ed. en 1975 (*Instituciones políticas y Derecho constitucional*, Barcelona, 1970); *Janus: les deux faces de l'Occident*, 1972 (*Las dos caras de Occidente*, Barcelona, 1975) y *La Monarchie républicaine*, 1974.



La organización de la convivencia humana en las distintas sociedades y su permanente evolución a través del tiempo ha sido tema de continuas preocupaciones, tanto para los investigadores como para los simples ciudadanos que desean participar en la vida política de su país. Sobre estos temas preguntamos al profesor Duverger.

Existen diversas formas de clasificar los regímenes políticos, pero ¿cuál es, a su juicio, la más correcta?

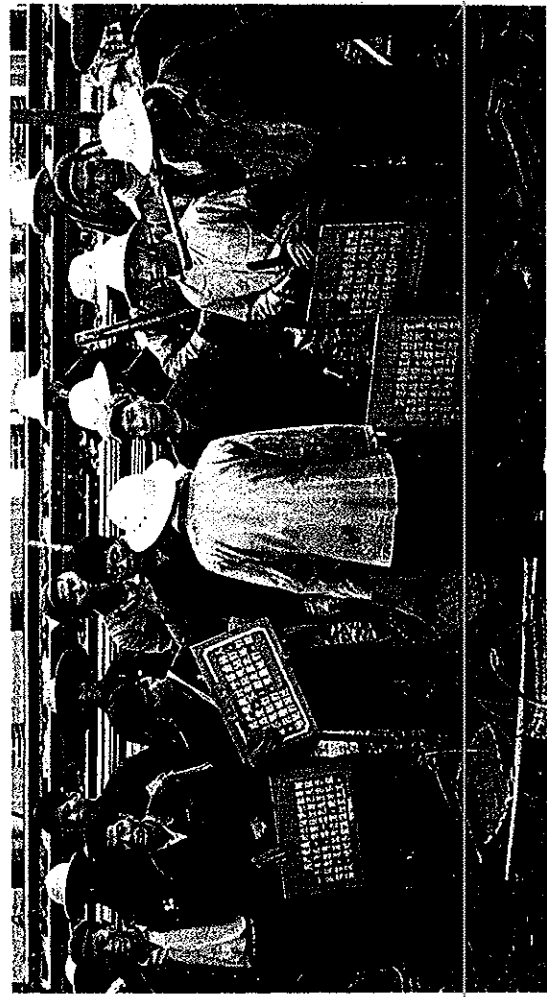
La clasificación de los regímenes políticos varía según sea hecha por los occidentales o por los países comunistas; el sistema de clasificación es diferente. En general, para los países occidentales hay dos grandes tipos de regímenes políticos: los pluralistas y los monolíticos. A los regímenes pluralistas les llaman democracias liberales, y a los monolíticos, comunistas, fascistas y, en resumen, dictaduras. Los países comunistas tienen otro sistema de clasificación. Para ellos existen regímenes socialistas, que se basan en una economía socializada, colectivizada, y capitalistas, que se apoyan en una economía fundada en la empresa privada. Creo que si se desea hacer una clasificación realista y a la vez objetiva de los regímenes políticos se habrán de combinar los dos anteriores sistemas de clasificación, con lo que se obtiene una división en cuatro compartimientos, uno de los cuales aún está vacío. En primer lugar están los regímenes pluralistas y capitalistas, que equivalen a las democracias occidentales: Estados Unidos, países de la Europa occidental, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Japón, etc. En segundo lugar, los regímenes capitalistas mo-

nólicos, que corresponden a gobiernos autoritarios o fascistas. En tercer lugar aparecen los regímenes socialistas y dictatoriales, o sea todos los Gobiernos comunistas actuales. Por último, hay un compartimiento que aún está vacío, el de los regímenes socialistas liberales. Pero, no creo que esté vacío porque no sea posible llenarlo, sino porque hasta ahora no ha existido un régimen socialista liberal. Cuando se ha intentado su creación han aparecido fuerzas exteriores e interiores muy potentes que lo han impedido. De ello tenemos dos ejemplos en los diez últimos años: en Checoslovaquia, un país socialista que quería convertirse en pluralista, se produjo, en el año 1968, una intervención que puso fin al proceso; y en Chile, un país capitalista que quería convertirse en socialista, conservando su pluralismo, se produjo la intervención de 1973. Así pues, con un simple esquema dividido en cuatro compartimientos es posible clasificar todos los regímenes políticos del mundo.

La crisis de los años setenta, ¿puede inclinar los regímenes liberales hacia otros más autoritarios? ¿Qué relación existe entre esta crisis y la ampliación de las obligaciones sociales del Estado?

De momento, creo que es muy difícil juzgar lo que será la crisis de los años setenta, porque, en realidad, hemos tenido también la crisis de los años sesenta, del fin de la década de los sesenta, que André Malraux definía como de civilización, resultante de que, entre las jóvenes generaciones, no se acepte ya el sistema de valores, el modo de vida y la conducta tra-

dicionales. Se trata de una crisis muy profunda, pero que no llega aún a tocar de modo directo al sistema democrático, aunque, probablemente, lo hará con lentitud y de una forma que no se puede adivinar por ahora. Cuando usted habla de la crisis de los años setenta, supongo que se refiere a la económica, provocada por el alza de los precios del petróleo, las dificultades de obtener materias primas, etc.; aún no podemos medir con precisión el impacto que pueda tener sobre los países industriales. Por otra parte, no son los regímenes políticos los que están en cuestión, sino los medios de producción. Por ejemplo, en Estados Unidos, donde las fuentes de energía bastarán para alimentar a la industria durante los diez o veinte años próximos, no existe amenaza directa de crisis económica. Por el contrario, en Europa occidental sí que es un problema. Pienso que ello obligará al Estado a un control más severo de las inversiones, a una intervención más intensa para favorecer las exportaciones, y también para impedir los desórdenes; por ejemplo, habrá de evitar que los bancos den preferencia a inversiones "turísticas", cuando haya que estimular otros sectores para favorecer las exportaciones. De momento, no me parece que nada de esto sea imposible en el cuadro de los Gobiernos liberales. Simplemente, creo que ello obligará a estos regímenes a acen-tuar un poco más su evolución hacia el socialismo, una mayor intervención del Estado. Personalmente, lo he escrito hace ya diez años, opino que existe una línea de evolución que hace que los regímenes liberales



Para algunos tratadistas políticos, los regímenes imperantes en ciertos países socialistas son de tipo monolítico o dictatoriales. Grupo de trabajadores chinos.

capitalistas, es decir, los regímenes pluralistas y capitalistas, vayan hacia un cierto tipo de socialismo y que, por otra parte, los socialistas del Este se verán obligados a liberalizarse poco a poco; sin embargo, creo que es una evolución a muy largo plazo.

En este proceso de acercamiento al socialismo, ¿qué piensa usted de la tesis de Schumpeter?

En el fondo, Schumpeter tiene razón, aunque quizá no sea por el motivo que él indica, pero esto tiene poca importancia. Creo que nos damos cuenta cada vez más de que una economía que se apoya fundamentalmente en el lucro de las unidades de producción —de las empresas— es que ha tenido gran eficacia en una primera fase, que ha desarrollado una gran eficiencia de producción, pero que, en la actualidad, otorga cada vez más la prioridad a cosas relativamente secundarias, al tiempo que destruye otras bastante fundamentales. Los servicios colectivos no están realmente asegurados en una economía capitalista, el medio ambiente está degradado y las ciudades —mire el

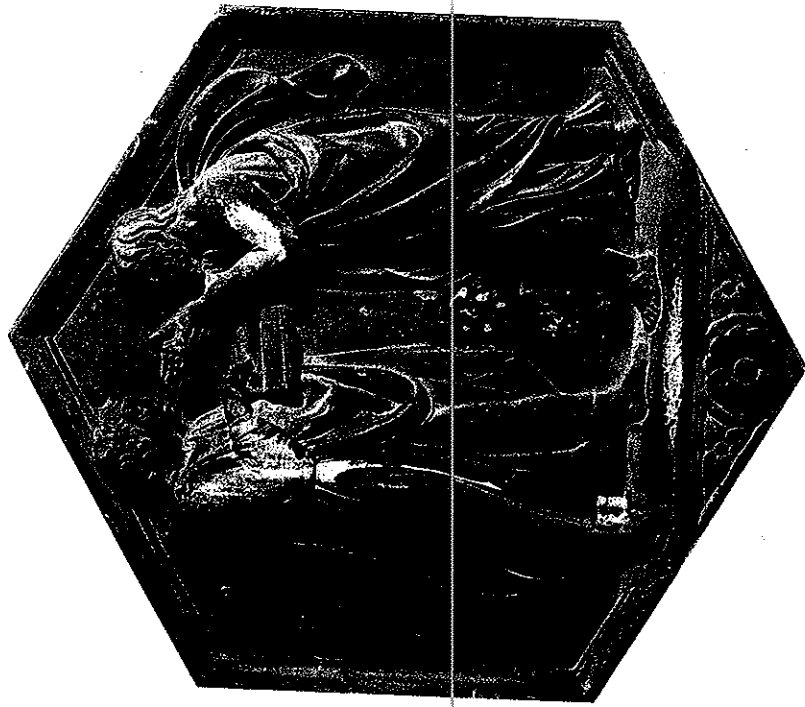
caso de Estados Unidos, donde las ciudades llegan a ser inhabitables— contemplan una destrucción generalizada. Esto lleva a considerar el interés común con prioridad sobre el afán de lucro, y pienso que ello hace evolucionar hacia cierto tipo de socialismo. Desde el momento en que es posible efectuar una planificación seria, deja de ser lógico que ésta sea hecha por algunas grandes firmas, atendiendo a sus intereses privados, y no por la colectividad, o sea, por el Estado. Sin embargo, cuando se habla de evolucionar hacia un socialismo no hay que pensar en los países del Este. No se trata de socializarlo todo, de hacer una economía colectiva global, sino más bien de implantar cierta hegemonía de los intereses colectivos sobre los privados, lo que implica nacionalizaciones a nivel de las principales empresas, control del crédito, etc.

Usted ha hablado en sus obras de "monarquización" de los regímenes liberales a causa de la personalización del poder. ¿Podría explicar esto? ¿Cuál es la causa de este fenómeno?

Sí, acabo de publicar un libro titulado *La monarchie républicaine*, que es un estudio comparativo de los sistemas de las principales naciones industriales y liberales. En él constato que en Estados Unidos, Gran Bretaña, República Federal Alemana, Francia, Suecia e incluso Japón, las elecciones, los sistemas de partidos y, en ocasiones, la Constitución, hacen que, en la práctica, el pueblo elija, ya sea directamente o por medio de diputados, al que será el jefe real del Gobierno y que gozará de una considerable

autoridad. Ello es así tanto en el sistema presidencialista estadounidense, en el que el presidente es elegido directamente y ejerce el gobierno, como en el semipresidencialista francés, donde el presidente también es elegido directamente, pero nombra a un primer ministro, o en el sistema parlamentario de la República Federal Alemana y en el británico, donde los electores, al votar por los diputados, saben que, en realidad, lo hacen por el líder del partido para el cargo de primer ministro. Así pues, aparece en todas partes lo que un autor inglés anterior a mí ha denominado "monarca elegido"; es decir, el poder se concentra en manos de un hombre que es el "elegido del pueblo", y que puede ser revocado al cabo de cuatro, cinco o más años, según los casos. Los Parlamentos continúan existiendo, ya que no hay régimen democrático liberal sin Parlamento, y desempeñan una función de control muy importante, pues aseguran una crítica y un control permanentes del Gobierno, es decir, ejercen una función fiscalizadora. El resultado de todo esto es que se llega a un sistema donde el poder está muy concentrado. En general, el jefe del Gobierno lo es al mismo tiempo de la mayoría parlamentaria; ostenta el poder ejecutivo y, de forma muy amplia, el legislativo. Frente a él se alza un poder de equilibrio, ejercido por la oposición a través del Parlamento, la prensa, los medios de comunicación, etc. La antigua división entre los poderes legislativo y ejecutivo podría sustituirse por otra más moderna entre poder de Estado, por un lado, que es el de gobernar y legislar, y que prácticamente es controlado

"Lógica y dialéctica de Platón y Aristóteles", relieve de Luca della Robbia. Esos dos filósofos se interesaron por los problemas que planteaba la organización de la "polis" o ciudad-estado, unidad de convivencia en la Grecia de su tiempo.



por el monarca elegido, y, por otro, el tribuniano, término que proviene de los "tribunos de la plebe" en la antigua Roma, que es el de oposición. He aquí, a grandes rasgos, la evolución general de los sistemas occidentales. Esta evolución tiene un gran número de causas. En particular, cabe señalar la creciente intervención del Estado en la vida de los países, por lo que exige una continua toma de decisiones por una sola persona. Al mismo tiempo, los ciudadanos están muy contentos de poder elegir al jefe de Gobierno. Así, en Francia, puede constatarse que la gente está muy satisfecha de las elecciones presidenciales. Esta idea de elegir al presidente les parece muy normal.

¿Pero no sucede entonces que los Parlamentos están perdiendo mucha fuerza?

Los Parlamentos... En primer lugar, nunca han desempeñado realmente el papel que se les asignaba; de hecho, los Gobiernos han sido siempre más fuertes de lo que se cree. Lo que sí es cierto es que, en la actualidad, el Parlamento tiene una función menos importante que en el siglo XIX. En realidad, no se trata exactamente de esto; lo que interesa poner de relieve es que el Parlamento ha conservado Francia, a través de una serie de estudios llevados a cabo, podemos observar que el Parlamento sigue dictaminando las leyes sobre la familia, el divorcio y la propiedad, en una palabra, todas las grandes leyes que forjaba en el siglo XIX. Lo que no ejerce son las nuevas funciones económicas del Estado, las de dirección de la economía; éstas han pasado al Gobierno. Pero ello no significa una mengua de los poderes del Parlamento, sino que todos los de nuevo cuño han sido otorgados al Gobierno y no al Parlamento.

Esto sucede porque la ideología no es más que uno de los elementos del problema. Todo sistema político es el producto de instituciones técnicas y constitucionales reglamentadas por una ideología, pero también de tradiciones culturales nacionales, de un sistema económico original, más o menos desarrollado, que juntos ejercen una profunda influencia. Tomemos otro ejemplo: Francia, Italia, España y Canadá son países con una notable mayoría de católicos; sin embargo, el catoli-

cismo francés, italiano, español y canadiense se diferencian profundamente entre sí, ya sea por los fieles o por el clero. Lo mismo ocurre en los países comunistas: el comunismo polaco es comunismo, pero polaco; el húngaro es también comunismo, pero húngaro, etc. En definitiva, existe una considerable diversidad de tradiciones nacionales.

¿Qué transformación cree usted que experimentará el régimen francés a raíz de la desarticulación del gaullismo? (*)

Es muy difícil contestar a esta pregunta. El gaullismo había conseguido algo importante al proveer de un partido y una organización políticas a la mitad de las derechas del país. En todos los Estados del mundo, la derecha está peor organizada, políticamente, que la izquierda, y ello por razones complejas: porque quienes están en el poder tienen menos necesidad de organizarse, y esto es más necesario para conquistar que para mantenerse; y porque detrás de la derecha, en última instancia, se encuentra una considerable organización económica, el capitalismo, lo que hace menos necesaria una organización política propia. En Francia, la tradición iba mucho más allá. La izquierda ha tenido verdaderos partidos, como el comunista y el socialista, pero la derecha no ha estado nunca realmente organizada así; en cierto momento, el movimiento republicano, los demócratas cristianos, la liberación, han tenido cierto papel, pero se trataba más de formaciones de centro que de derechas. Lo que

(*) La entrevista se realizó en 1974. La evolución de la política francesa ha venido a confirmar en los últimos años las tesis del profesor Duverger.



A raíz del fallecimiento del presidente Pompidou, se ha iniciado en Francia la disolución de la UDR, el gran partido gaudista que aglutinó en tiempos del general De Gaulle, a la mitad de las derechas del país. Georges Pompidou durante un discurso.

hizo De Gaulle, como escribí yo mismo hace ahora diez años, fue federar a la derecha; creó un gran partido y, a su alrededor, pequeños satélites que le obedecían, lo que hizo que el Gobierno dispusiera siempre en el Parlamento de una mayoría disciplinada. Lo que ha puesto en evidencia la elección de Giscard ha sido que el núcleo de esta organización, la UDR, estaba ya muy desfasado. ¿Qué va a ser entonces de la derecha francesa? Depende de dos elementos. En primer lugar, de la capacidad de resistencia de la UDR, que no puedo medir. Cuando alguien es borrado de la historia, generalmente lo ha merecido; la gente es acre-

dora de sus derrotas y de sus victorias. Si la UDR, que tiene 180 diputados en el Parlamento, se deja dividir en pequeñas fracciones, si sus diputados, pensando que se trata de un nuevo presidente de la República, se inclinan delante de él, si la UDR realiza lo que De Gaulle decía que hacía diez años atrás, entonces será poco a poco eliminada, destruida. Si resiste, aún tiene posibilidades de que se la escuche durante bastante tiempo y conservará su núcleo. Continúa existiendo una tradición de derechas bastante nacionalista, menos sensible a los aspectos económicos, que desconfía de Estados Unidos o de una federación europea impulsada. En definitiva, creo que no resistirá demasiado...; temo que sea así, pero tampoco puedo asegurarlo. El segundo elemento es lo que Giscard d'Estaing quiere hacer. El es quien tiene ahora la posibilidad de federar la derecha. Es el presidente de la República, y aunque haya sido elegido por escaso margen, es sabido que en una segunda elección aumentan las posibilidades; por tanto, en mi opinión, tiene ante sí un período largo que le permitirá hacer muchas cosas. Puede crear un gran partido de derechas de nuevo, es él quien tiene que hacer algo en este sentido; pero, tanto si lo hace como si no, el porvenir de la derecha y de la UDR es muy distinto. Puede preferir no hacer un sólo partido, sino dos; no sé cuál es su verdadero propósito, aunque creo que todavía no ha pensado seriamente en este tema.

(*Sigue la entrevista en la pág. 60.*)

La forma concreta de régimen político adoptada por un país puede depender del influjo que sobre ella ejerce un individuo relevante, o un grupo político, o bien del grado de desarrollo económico alcanzado. Sobre esta y otras cuestiones con ellas relacionadas seguimos preguntando al profesor Duverger.

Respecto a Mao, Fidel Castro y Tito, ¿qué cree usted que va a suceder después de la desaparición de estas cabezas visibles?(*).

Se trata de un problema que puede plantearse de dos maneras. Usted lo ha expuesto desde la óptica de la personalización del poder, al hablar de Mao, Fidel Castro y Tito para referirse a tres Estados donde el poder está encabezado por un personaje muy influyente fuera de su país. También se puede abordar de otra manera, al considerar que se trata de tres países en los que el comunismo tiene una fisonomía diferente de la soviética y de los satélites de Europa. En primer lugar, trataré sobre el primer punto, el de la sustitución del hombre, del individuo, cuando un régimen está muy personalizado. Este problema empieza a encontrar solución en los Estados comunistas, por que detrás del líder está el partido. Después de todo, si hubiéramos sostenido esta conversación en 1950, usted me habría preguntado lo que sucedería tras la muerte de Stalin; y no sucedió nada, porque el partido estaba allí; por el mismo motivo, creo que tras la muerte de Mao no sucederá nada, pues el partido está allí. Cuando digo que no sucederá nada no pretendo decir exactamente esto: habrá luchas internas, como ocurrió después de Stalin, pero eso se solucionará. Un proble-



El profesor Maurice Duverger ante su mesa de trabajo.

ma diferente es el de Cuba, porque allí, en última instancia, el partido tiene poca importancia. Es el régimen más personalista del mundo, todo descansa sobre Fidel, pero cuando éste desaparezca se plantearán graves problemas; sin embargo, aún es joven y tiene tiempo de establecer y consolidar las estructuras necesarias. En cuanto al otro punto, se trata de un tema distinto. Sobre el problema de las diferentes formas de comunismo, de sus diversas evoluciones, creo que es muy difícil responder. A grandes rasgos, después de 25 años lo que sorprende es que el comunismo ha tenido que contar con el fenómeno nacional; en última instancia, la gran lección de esos 25 años es que no se llega fácilmente a la internacionalización, incluso en los países comunistas; ocurre que Polonia, Hungría, Yugoslavia, Rumania, tienen una entidad nacional y quieren una autonomía nacional; ésta es también la verdadera razón del problema chino. Además, existen oposiciones doctrinales muy importantes, pero es ese mecanismo el que desempeña un papel determinante. En este sentido, creo que, probablemente, en los años

(*) Como hemos aclarado, la entrevista tuvo lugar en 1974. La evolución de la coyuntura política en China tras la muerte del presidente Mao-Tse-Tung confirma las previsiones del profesor Duverger.

venideros veremos cómo se acrecienta la originalidad nacional en el seno de los diferentes comunismos. Pero aún hay otro aspecto del problema. Entre el comunismo soviético y el comunismo chino existe una diferencia que proviene de la desigualdad de los respectivos grados de desarrollo. En el fondo, el comunismo soviético y el europeo de las democracias populares es para naciones industrializadas, mientras que el maoísta es un comunismo para naciones en vías de desarrollo. Esto hace que el modo de enfocar los problemas sea diferente y que, en última instancia, el comunismo de tipo soviético sea en la actualidad mucho menos revolucionario, pues en las naciones industriales es más difícil hacer revoluciones.

¿Puede afirmarse entonces que el desarrollo económico lleva consigo forzosamente un desarrollo político hacia la democratización?

Sí, aunque es necesario hacer algunas precisiones. Todo el desarrollo económico lleva consigo necesariamente una evolución política, porque una sociedad no puede desarrollarse si una de sus partes queda rezagada. Sin embargo, hay muchos matices. Hace tiempo dí una conferencia en Barcelona sobre "Desarrollo político y desarrollo económico" cuya idea central era que el desarrollo económico lleva consigo la posibilidad de otro democrático; pero quiero insistir en que esa posibilidad es la de un desarrollo democrático, lo que no implica necesariamente un mecanismo democrático. Los marxistas pretenden que la forma ultradesarrollada de capitalismo, a la que denominan capitalismo monopolio-

lista de Estado, tiende a regímenes autoritarios y fascistas, pero no creo que esto sea cierto. En Estados Unidos y en Europa occidental no puede hablarse hoy de regímenes autoritarios o fascistas, aunque estos regímenes pueden darse. No hay un desarrollo político que origine una forma propia de cada nivel de desarrollo económico, sino que éste implica diversas formas o tipos posibles de desarrollo político. En general, se puede constatar que, en Occidente, hasta el momento, el desarrollo económico ha llevado a regímenes pluralistas liberales o democráticos modernos. Pero, ¡cuidado!, en 1933 el país económicamente más desarrollado del mundo, Alemania, se precipitó en el nacionalsocialismo. Si se produjera una grave crisis económica en Occidente, en un mundo en que no se cree más que en el aumento del nivel de vida y en el consumo, el día en que ese aumento desapareciera o descendiera el consumo existiría el riesgo de fenómenos fascistas de un nuevo tipo que no podemos imaginar. A este respecto, soy menos optimista en la actualidad que hace una década.

¿En qué sentido puede hablarse de una liberación de los regímenes socialistas europeos?

Ya dije anteriormente que, a largo plazo, se producirá una liberación de los regímenes socialistas porque no es posible que los Estados con un alto desarrollo económico, técnico e intelectual mantengan una dictadura tan rígida. Un ejemplo es lo que sucede en la Unión Soviética con Sajarov y otros sabios; se



han visto obligados a concederles cierta libertad, por-
que, ¿qué puede hacerse sin ellos? A veces explico a
mis alumnos que si Hitler perdió la guerra fue porque
la dictadura nacionalsocialista provocó la huida de nu-
merosos sabios, entre los que destaca Einstein; si és-
te se hubiera quedado, la bomba atómica habría sido
de los alemanes, y con ella hubieran podido dominar
el mundo. Pero su sistema hacía que los sabios huye-
ran o se detuvieran, ya que algunos que se quedaron en
Alemania interrumpieron sus investigaciones. Pienso
que por esta clase de razones, así como por muchas
otras, cuando una parte considerable de gente ha cur-
sado la enseñanza superior, no se puede mantener una
dictadura férrea y hay que tener contactos con el mun-
do entero, ya que en la actualidad es imposible ais-
larse. Así pues, a mi juicio, habrá una evolución ine-
vitable hacia la liberalización, aunque será mucho más
lenta de lo que cabría esperar. ¿Por qué? Por dos cau-

Los intentos de liberación
del socialismo checoslovaco
fueron reprimidos por la
Unión Soviética, temerosa
de perder el control del blo-
que socialista europeo.
Tanques soviéticos por las
calles de la capital checa
después de la liquidación
de la "primavera de Praga".

sas. En primer lugar, por una razón técnica hasta cierto
punto: es muy difícil pasar de una dictadura a una de-
mocracia, ya que hay que acostumbrar a la gente a
mantenerse "de pie", a discutir, cuando antes se la
enseñaba a inclinarse, a obedecer. Los cuadros de la
Administración no aceptan este cambio. Se sabe, por
ejemplo, que en la Unión Soviética los cuadros del par-
tido son los que más se resisten a la liberalización. Para
ir más lejos, en los países comunistas, los funcionarios
de la Administración local, a todos los niveles, prefieren
esperar las órdenes de arriba a tomar iniciativas;
hasta tal punto están acostumbrados a recibir órdenes.
He aquí, pues, un problema técnico. Existe además otro
mecanismo, y es que en los países comunistas no hay
tradicción democrática, salvo algunas excepciones. Así,
¿cuántos países de Europa oriental, incluida la Unión
Soviética, han conocido elecciones libres a lo largo de
su historia? Sólo dos, Checoslovaquia y la República
Democrática Alemana, y durante períodos muy cortos
(1920-1933 y 1920-1938, respectivamente). Fuera de
estas dos excepciones, los demás son de tradición auto-
crática. Por otra parte, se puede constatar que dentro
de este conjunto, los países que en su historia, y gene-
ralmente a causa de una opresión exterior, han luchado
por la independencia nacional —como lo hicieron Polonia,
Hungría y Yugoslavia durante siglos con extraordinaria
valentía— van más rápidos hacia la liberalización o, en
todo caso, realizan esfuerzos más considerables para al-
canzarla. Por el contrario, en la Unión Soviética, que no
tiene tradición popular, el resultado es que la evolu-

ción será mucho más lenta. Si hubiera habido un comunismo francés o italiano, es posible que la liberación se hubiera llevado a cabo muy rápidamente. Por otra parte, creo que en este caso nunca hubiera sido totalmente suprimida la libertad, ya que las tradiciones históricas lo hubiesen imposibilitado.

Al observar los fascismos, vemos que el alemán y el italiano fueron notablemente diferentes desde el punto de vista de la dureza, pues los alemanes tienen una tradición autoritaria y los italianos liberal. Por el mismo motivo, pienso que un comunismo francés o italiano habría sido un régimen muy suave y liberal.

¿Cree usted que el federalismo es la mejor solución para favorecer el desarrollo regional? ¿Qué peligros ve usted en el federalismo, qué tensiones y hasta qué punto los Estados federales cumplen a veces una función puramente administrativa, siendo siempre el centro quien se impone sobre el resto?

En este tema del federalismo soy menos competente, porque vivo en uno de los Estados más centralizados del mundo y porque, personalmente, estoy bastante de acuerdo con la postura centralizadora. En la actualidad, todo el mundo es regionalista o federalista. Yo me siento bastante jacobino por una serie de razones que sería interesante desarrollar. Creo que un régimen capitalista, donde las unidades de producción (empresas) son muy fuertes, muy grandes, si se descentraliza el poder político y administrativo se coloca a los administradores y a los políticos en una débil posición

frente al potente poder económico. Es evidente que si el presidente de Estados Unidos quiere, puede hacer entrar en razón a los grandes trusts americanos, y a veces lo hace, aunque dentro de ciertos límites. Pero no concibo que un senador o un gobernador de Texas puedan tener la menor independencia respecto a los industriales del petróleo, lo que significa que estos industriales dominan este estado; he aquí un gran peligro de la descentralización. A lo largo de la historia de Estados Unidos se constata que la economía ha predominado paulatinamente sobre la política como resultado de esa hiperdescentralización. Así pues, personalmente, no siento demasiado el problema. Cuando hablamos de federalismo podemos adoptar dos puntos de vista distintos: o bien nos referimos a los Estados federales existentes en Estados Unidos y en la República Federal Alemana, o a lo que podría ser un federalismo europeo. Respecto a los Estados federales existentes en la actualidad, vemos de nuevo que todo depende de las tradiciones culturales. En Estados Unidos es evidente que el poder federal se desarrolla; sin embargo, los estados conservan una autonomía muy grande a causa, simplemente, de las tradiciones y del mecanismo jurídico; por último, existen 50 códigos civiles diferentes, uno para cada estado, lo que provoca considerables diferencias. En la República Federal Alemana, los *Länder* tienen cierto poder, inferior al de los estados americanos, a causa de sus diferentes tradiciones. Por otra parte, en varios países centralizados se plantean en la actualidad reivindicaciones regionales. Sin embargo,

ENERGIA VEST



son menos importantes de lo que comúnmente se cree. Así, por ejemplo, cuando Jean-Jacques Servan-Schreiber, en Francia, al hablar del poder regional afirmaba que éste constituía el problema fundamental, se llevó a cabo un sondeo de opinión, realizado con mucha seriedad —se empleó una técnica muy adecuada que consistía en indicar una decena de problemas y preguntar al entrevistado cuál le parecía más importante—. Pues bien, el poder regional constituía el principal problema sólo para un 3 % de los entrevistados; para el resto, era una cuestión totalmente secundaria. Así pues, no hay que exagerar. Se trata de un punto que se plantea en algunas regiones con tradiciones culturales un poco particulares que, generalmente, están en situación periférica o fronteriza. No se trata, en todo caso, de un problema considerable. En Francia, en un régimen de democracia donde la gente vota, tanto el nacionalismo vasco como el bretón son muy débiles. Sin embargo, hay algunos jóvenes izquierdistas que saben que está muy de moda en la actualidad. Algunos han inventado la Occitania, y entre los izquierdistas existe un movimiento nacionalista occitano, pero esto es chocante, pues nunca ha existido en Francia la Occitania y, además, los antagonismos entre la Provença y el Languedoc, entre Toulouse y Bordeaux, y entre Toulouse y el Languedoc, son considerables. A este respecto, opino que se ha de valorar el papel de una cierta corriente de la moda, tanto como el hecho de que la gente aspira a conservar sus originalidades nacionales. Lo que en realidad sucede es más bien la oposición

Los países socialistas que han luchado por alcanzar la independencia nacional se dirigen más rápidamente hacia la liberación del régimen. Edificio iluminado en Sarajevo (Yugoslavia), ciudad servía famosa por el atentado que costó la vida al heredero del imperio austro-húngaro en vísperas de la I Guerra Mundial.

a la uniformización, en definitiva, a la centralización política, lo cual, personalmente, no creo que sea una cuestión importante, tanto en el caso de Francia como en el de Europa. Pero existe otro problema mucho más complicado, el del federalismo europeo. Creo que en un futuro Europa será una federación de Estados, aunque el camino para llegar a ella será más largo de lo que parece porque para integrarse en una federación se ha de aceptar que las autoridades federales impongan una serie de decisiones. La evolución reciente de los Estados europeos indica que: Italia atraviesa por dificultades económicas y rechaza las reglas del Mercado Común; Francia tiene problemas monetarios y se retira del concierto monetario europeo; Alemania y, en menor grado, Gran Bretaña están más estrechamente ligadas a Estados Unidos que a los intereses europeos; en realidad, cada uno sigue sus propios intereses nacionales. Por tanto es necesario que esta situación cambie, y no lo va a hacer fácilmente. Hay algunos señadores que se han incorporado a otros regionalismos, señadores que verían con buenos ojos la desaparición de las naciones y la constitución de la Europa de las regiones. Según ellos, pues, no existiría la Europa formada por Francia, la República Federal Alemana, etc., sino una Europa integrada por los *länders* alemanes, las veinticinco regiones francesas, etc. Esto es sencillamente utópico. Nunca aceptará la gente —y tendrá razón— la destrucción de sus respectivas culturas nacionales. Creo que las naciones de Europa tienen una ventaja considerable, que es necesario que conserven: la diver-

En los países con tradición democrática, donde los ciudadanos están acostumbrados a manifestar su opinión y a votar para elegir a sus representantes, es muy difícil que consiga implantarse un régimen autoritario que suprima la libertad.

sidad de culturas. Si se operara una especie de formidación, como sueñan algunos tecnócratas, se realizaría el fenómeno ya visible en los barrios modales de las ciudades: el mismo tipo de construcciones es que esté en contra de ellas, en Nueva York la muy bonitas y constituyen una magnífica obra, el problema es que en Europa se hacen con cinco años de retraso, es decir, se imitan—. En realidad, no sería agible que todos tuviéramos las mismas cosas. Lo que maravilloso en Europa es esa increíble diversidad de arte, de cultura, de pensamiento; creo que es increíble conservar todo esto y, en este sentido, en contra de la unificación europea. Creo que, durante bastante tiempo, conviene que nuestro viejo continente europeo siga siendo "las Europas", como en otros países se designaba a "las Españas", para señalar precisamente su diversidad.

